

PLATICA XXVII.

DE LA NECESIDAD DEL PROPOSITO VERDADERO DE LA ENMIENDA,
Y CÓMO PARA SER VERDADERO DEBE SER UNIVERSAL Y FIRME.

Acabada la Cuaresma, á 2 de Abril de 1693.

ACABAMOS por el dolor de las culpas y volvemos á empezar por el propósito de la enmienda. Feliz principio por donde empieza todo nuestro remedio. Ahora empiezo, decia con un verdadero propósito, David: *Nunc cæpi, hæc mutatio dexteræ excelsi*. Dichosa cuaresma, si con ella así ha sucedido en las almas todas lo que en la explicacion de nuestras doctrinas. Entrar, digo, la cuaresma acabando con un verdadero dolor todas las pasadas culpas; y acabar empezando con un resuelto y firme propósito lo mejor de la vida, la carrera de la virtud, y la reforma de las costumbres. Esas son las dos caras con que con doblada hermosura, la Penitencia mira á un tiempo á lo pasado y á lo venidero para abrirnos mejor que

allá el dios Jano, las puertas del cielo. Mira con la una á las pasadas culpas el dolor que los aborrece, y atiende con la otra á las culpas venideras el propósito que las abomina, las huye y las detesta: *Dolor penitentis est*, dice Santo Tomás, *reprobatio facti præteriti cum intentione removendi sequelam ipsius*. Uno y otro ha de juntar para ser verdadera la Penitencia: al modo que una candela arde á un tiempo y alumbrá: arde en sí misma con su llama, consumiendo la materia en que se ceba, y alumbrá con su luz toda la redonda, mostrando los tropiezos para que se eviten las caídas: así pues ardiendo en un corazón penitente el dolor que consume las pasadas culpas, á ese ardor y á esa llama nace con el desengaño la luz del propósito para huir ya del todo los tropiezos y las caídas. Ahora pues; para que sea el dolor perfecto de contrición, ha de ser juntándosele el propósito de nunca más pecar: *Est animi dolor de peccato commissio, cum proposito non peccandi de cætero*, dicen los santos Concilios Florentino y Tridentino: ora sea el dolor menos perfecto de atrición, ha de ser aborreciendo las culpas de modo que no quede en el alma ni el menor afecto de complacencia, ni intención de volverlas jamás á cometer: *Quæ voluntatem peccandi excludat*, añade el santo Concilio de Trento; y si no es con ese propósito, el dolor no es dolor, sino mentira: no es arrepentimiento, sino engaño: no es esa confesion, sino sacrilegio: no deja al alma libre, sino condenada: que quien deveras se duele y se arrepiente del yerro que hizo, del daño que padece, con toda su alma lo propone enmendar en lo venidero. El náufrago que se ve con la muerte entre los brazos, ¡con qué veras dice: No mas volver al mar! El que comiendo cosa que le hi-

zo daño, se ve ya para morir, ¡con qué firmeza propone: ¡No mas tal comida! El que ve perdida su hacienda á los engaños de un tramposo, ¡con qué resolucion, doliéndose de haberla dado, dice: ¡No mas tratos con fulano! Eso es arrepentirse.

Ya pues, oyentes míos: este propósito de la enmienda es el paso mas peligroso en el Sacramento de la Penitencia; reparéno: el exámen de la conciencia, si ha mucho que uno no se confiesa, es verdad que se hace difícil; pero con la diligencia se vence; y si la memoria no alcanza mas, aunque no se halle del todo puntual el número y circunstancias de las culpas, se suple; el confesor ayuda no poco; y en fin, si hecha la debida diligencia se quedan algunas culpas por mero olvido, no por eso deja de ser buena la confesion, para que por ella se restituya el alma á la gracia. El dolor de los pecados, si no alcanzamos á tenerlo el mas perfecto de contrición por puro amor de Dios, no por eso dejamos de lograr la gracia en el Sacramento de la Confesion, si á lo menos nos dolemos por miedo del infierno, por temor de no perder la gloria, que es el dolor de atrición. El confesar todos los pecados sin callar alguno, tal vez se le hace muy difícil á la vergüenza; pero viendo el sumo secreto del sigilo de la Confesion, viendo que el decirlo á un sacerdote, es como si no se dijera, por lo oculto que del todo queda, se facilita del todo el decirlo. Pero el propósito verdadero de la enmienda, ¡oh, Dios! esto es lo que no tiene escape; ó tener este propósito del todo verdadero, ó condenarse: este es el estrecho donde no hay mas salida que salir de veras de las culpas; aquí es donde innumerables almas se condenan: aquí es donde tantos miserablemente engañados se aseguran de sus confe-

siones, que no han sido sino condenaciones: se aseguran de las absoluciones, que no han sido sino lazos que mas terriblemente los han atado para el infierno; se tienen ya por limpios de sus culpas, teniendo todas con nuevos sacrilegios en el alma. Y en esta seguridad desventurada pasan la vida, y con este engaño miserable se dejan ir aun en la muerte. Yo es verdad, se dicen, que he cometido muchos y muy graves pecados; pero ya de todos me he confesado, no he callado ninguno; es verdad que he tenido aquella mala amistad tantos años; pero me he confesado de todas las culpas en las cuaresmas.—Sí; pero pregunto: ¿en todas esas confesiones has tenido verdadero propósito de la enmienda, de ya no pecar mas, de dejar del todo las culpas? Mira qué respondes, piénsalo, que si no ha habido este propósito, aunque todos estos pecados se confiesen, aunque digamos con la boca que nos pesa y que proponemos la enmienda; aunque el confesor nos dé la absolucion, todas esas confesiones no han sido sino condenaciones, y te tienes en el alma todos esos pecados y todos esos sacrilegios. Si el propósito no ha sido hasta aquí verdadero, ó porque en la ocasion torpe estaba bien hallado el apetito; ó porque con la hacienda agena está muy asida y aferrada la codicia sin querer soltarla; ó porque con la necesidad y pobreza se finge en los pecados el susto y el socorro; ó porque con la costumbre envejecida se aprende que no se puede vivir sin las culpas; si se aman los pecados, si no hay propósito de dejarlos, ¿qué confesiones son estas, que en vez de limpiar el alma, la dejan mas inmunda?

Mirad: un ladrillo cocido al fuego, endurecido, ¿se lava con el agua? Sí, hasta quedar, como de-

cis, como un espejo. Bien; pero un ladrillo crudo antes de cocerlo, poneos á lavarle, echadle agua; ¿se limpia? No; ¿qué sucede? Que con el agua se hace lodo y mas lodo. Pues eso es en la fuente de la Confesion un corazon sin el fuego del dolor, sin la firmeza del propósito, dice San Agustin; es un ladrillo crudo que lo que hace en él el agua, en vez de lavarle, es hacerle mas y mas lodo: *Qui plangit peccatum, et iterum admittit peccatum, quasi si quis lavet laterum crudum, quia quanto magis lavat, tanto magis lutum faciet.* (C. *irris. de pen. dis. 3.*) Lavaos pues de modo, dice Isaías, que quedeis limpios; *Lavamini, mundi estote;* que no todos los que se lavan quedan limpios; ¿y quiénes son esos? Aquellos, dice San Isidoro, que sin propósito de la enmienda vienen á la Confesion: *Lavatur, et non est mundus, qui plangit quae gessit, nec tamen deserit, sed post lachrimas, et quae fleverat, repetit.* (C. *irris. de pen. de 3.*)

Un endemoniado, refiere Herolto, les descubria á todos los pecados mas ocultos, menos los que ellos habian confesado. Oyólo uno decir, y queriendo probar si era así, fué primero y confesóse de ceremonia de todos sus pecados, pero sin dolor ni propósito de la enmienda; y con esto fué á ver al endemoniado, que al punto que lo descubrió: ¡Oh, amigo mio, le dijo, seas bien benido; llégate acá: ¿y qué bien que te has enjalvegado; y piensas por eso que no te conozco? Fuele diciendo luego uno por uno todos sus pecados, que eran feísimos. Quedó aquel avergonzado y corrido; y conociendo bien en qué estaba la falta, volvió, confesó todas sus culpas con mucho dolor y propósito de la enmienda; y al dia siguiente vuelve otra vez á ver al endemoniado: Ahí viene tu amigo, le dijeron los pre-

sentes: ¿Quién es? preguntó él.—¿Pues no lo conoces? Aquel, á quién ayer afrentaste. Y respondió el demonio: No afrenté tal, porque á este ni lo conozco, ni tengo cosa mala que decir de él; no lo conozco. ¡Oh Dios! y si ahora hablara el demonio, á cuántos conociera todavia por suyos de los que se han confesado en esta Semana Santa! ¡A cuántos les diria que se han enjalvegado! pero en vano, porque él les está mirando en el alma sus culpas sin el propósito de la enmienda; por mas que se confiesen, no se limpian.

—Ahora pues: este propósito tan sumamente necesario en la Confesion, como que de él pende el adquirir la gracia, y que sin él no hay perdon de las culpas, ni salvacion, ¿cómo conoceremos si es verdadero?—¡Oh, qué buena pregunta, en que vá el saber el secreto mas importante al alma! Respondo claro: será verdadero el propósito, si tuviere tres propiedades: lo primero, ha de ser universal; lo segundo, ha de ser firme; lo tercero, ha de ser eficaz. Universal: que abrace todas las culpas: firme, para todo tiempo, para toda la vida; y eficaz, que se muestre luego con las obras. Esto último veremos en la plática siguiente: veamos ahora las dos primeras propiedades. No basta pues proponer de dejar este ó aquel pecado; no, sino todos; porque todos igualmente son ofensa de Dios. Ninguno exceptuaba David: *Omnem viam iniquitatis odio habui.* El que se está en la mala amistad, ¿qué importa que proponga de no hacer otra culpa ninguna, si se le queda todavia el afecto á su torpeza? El que retiene injustamente la hacienda ajena, ¿de qué servirá que proponga de dejar la mala ocasion, si se le queda el corazon pegado al dinero? Eso es lo mismo que el pájaro que tiene to-

do el cuerpo libre, sueltas las alas, bastantes para el vuelo las plumas; pero atado por un pié solo con un cordel, preso se está, preso se queda. No es pues este propósito verdadero, si no es universal, que proponga la enmienda de todo cuanto fuere ofensa de Dios, que nos pide todo el corazón al convertirnos: *Convertimini ad me in toto corde vestro*. Esa es conversión, volverse todo, explican los sagrados Cánones: *Conversio dicitur quasi cordis undique versio*. (C. *Convertimini*, de pen. d. 1.)

Un enfermo llamado Cromasio, le pidió á San Sebastian que lo sanara.—Si lo haré, respondió el Santo mártir; pero con tal que primero has de hacer pedazos y arrojar de tí todos tus ídolos. Prometiéndolo así el enfermo; fué, hizolos pedazos todos, menos uno, á quien tenia mas amor y cariño. Volvió luego al Santo mártir diciendo que habia hecho ya lo que le habia mandado; pero aunque le hechó el Santo su bendición, no sanó como sanaban otros enfermos. ¿Algo hay aquí, dijo el Santo, dime la verdad; ¿has quebrado ya todos los ídolos? Confesó él entónces cómo habia guardado uno solo: fué y quebrólo, y arrojólo de sí; y echándole luego el Santo mártir su bendición, quedó al instante sano. Pues esto es lo que nos sucede en la Confesion: si á un ídolo solo de una culpa mortal se queda todavia pegado el afecto, aunque todos los demas se abominen y se detesten, no hay salud del alma, no hay salvacion. Todos los pecados igualmente se han de detestar con un propósito universal de no cometer ya ninguno: *Omnem viam iniquitatis odio habui*; y si no es así universal el propósito, no es verdadero, no es propósito, sino engaño.

Lo segundo, ha de ser el propósito del todo fir-

me, del todo resuelto de no pecar jamas en ningun tiempo, en ninguna circunstancia.—¿Y qué tan firme ha de ser?—Tanto, que ni por conveniencias, ni por gustos, ni por intereses, ni por temores, ni por el mundo todo, ni por la misma vida, se ha de cometer ni una sola culpa mortal. Tan firme, que se ha de mirar ya el pecado en lo venidero, como si os dijera que os arrojarais de lo alto de una torre: ¿os arrojarais?—No por cierto, de ningun modo.—Pues así ha de ser el no, del no pecar mas. Se han de derramar los pecados en la Confesion, nos dice el mismo Dios, como se derrama un vaso de agua en la tierra: *Effunde sicut aquam cor tuum in conspectu Domini*.—¿Como se derrama el agua? ¿Por qué?—Reparadlo: el que derrama de un costal el trigo en la tierra, lo derrama conociendo que lo puede volver á recoger, y con ese ánimo, y de hecho luego fácilmente lo vuelve á echar en el costal; pero el que derrama un vaso de agua en la tierra, desde luego lo derrama conociendo que no ha de poder ya mas volver á coger esa agua, y con ese ánimo la derrama, de no recogerla otra vez jamas. Pues así se han de derramar en la Confesion los pecados, como quien derrama agua, con ánimo hecho y determinado de que esos pecados jamas, jamas han de volver al alma.

¡Oh, padre! me dicen ya turbados mas de dos escrupulosos; yo bien tengo ese propósito en mi corazón, y muy de veras de no pecar mas; pero si conozco mi fragilidad, veo mi miseria, advierto mis pasadas caídas, no puedo acabar de persuadirme, no acabo de creer que con efecto no he de pecar mas; con que el mio no será verdadero y firme propósito.—Sí lo es, alma; si lo es. Repara que son distintas potencias la voluntad y el entendi-

miento: la voluntad es la que propone; el entendimiento el que conoce y cree. ¿Está la voluntad firme y resuelta á no pecar mas? ¿Sí? Pues aunque conozca todos esos peligros el entendimiento, no deja por eso de ser verdadero y firme el propósito. Explícome con un ejemplo:

Está un Capitan General con todo su ejército puesto en campo y ya para dár una batalla. Pregunta: ¿este General cree cierto, y tiene por del todo seguro que ha de conseguir la victoria? No por cierto; antes está lleno de temores y dudas, viendo los muchos peligros y contingencias de la guerra; ¿pero deja por eso de tener propósito de conseguir la victoria? No, que para eso empeña la batalla. Veis aquí pues cómo no creyendo, no persuadiéndose el entendimiento, puede tener propósito muy firme la voluntad. Esté pues la voluntad firme á no pecar mas por cuanto tiene el mundo, que luego si el entendimiento representa esos temores, ha de ser para que conociendo nuestra fragilidad que por sí sola nada puede, clame á Dios continuamente con fervor y confianza: *Etenim manus tua deducet me, et tenebit me dextera tua.* Tú eres mi Dios, el que me has de dár la mano de tus auxilios, que me saque de todos los peligros de ofenderte: la diestra de tu gracia ha de ser la que me detenga para que yo no caiga, que de mi parte firme está mi voluntad y mi corazón, para no ofenderte jamas. Pero si la voluntad es la que flaquea en el propósito; si por estar asida á las culpas, solo las deja, ó por el miedo de la muerte en la enfermedad, ó por el temor de las excomuniones en la Cuaresma, ¡oh, propósitos de la enmienda forzados! ¡oh, propósitos de solas las Cuaresmas, á cuántos millares de almas teneis en el in-

fierno! El que al embestírle el toro le deja la capa, la deja para volver á cogerla: el que al venir la ronda arroja en un rincon de la calle las armas prohibidas, las arroja para volver luego á tomarlas: el lobo en fin, dice San Agustin, que embiste ambriente á la manada, si le acometen los perros y los pastores, huye y se retira muy mustio y muy temblando; mas porque así se retira no deja de ser lobo, conservando en su corazón el deseo de la presa: *Lupus venit fremens, lupus redit tremens; lupus tamen est fremens, et tremens;* el mismo es cuando acomete que cuando busca la presa, y lobo cuando parece que la deja. Pues si así son tantos que parecen propósitos de la enmienda; si en estos propósitos mentirosos de una en otra cuaresma se vá la vida, despues de toda una vida en pecado mortal y en repetidos sacrilegios, ¿qué propósito se puede tener en la hora de la muerte?

Refiere Cesario, que en la ciudad de Paris hubo un Canónigo, en quien juntando la naturaleza y la fortuna, con la grande nobleza, rentas muy gruesas y abundantes, á ese paso juntó él con los desahogos de su apetito los despeños de su malicia. Vivía solo atento á su regalo, á sus divertimientos y á sus gustos; y sobrando aun menos incentivos á la lascivia, vivía el miserable eclesiástico enredado en torpes ocasiones, con los que de tales personas se siguen funestos escándalos. Cogióle, como suele, cuando mas olvidado el mal de la muerte, y viéndose apretado, trató de disponerse con los Santos Sacramentos: confesose muy despacio con abundancia de lágrimas, de todas sus culpas, recibió la Santísima Eucaristía, y murió con grandes demostraciones de arrepentimiento. Hiciéronle un grande entierro con la pompa, concurso de nobleza y

ostentacion que aun en la muerte usa la vanidad. Todos decian y ponderaban: ¡oh, dichoso hombre por cierto! El gozó muy bien de la vida, logró sus gustos, tuvo tiempo para disponerse tambien para la muerte; aun y despues de ella esta pompa y este concurso; dichoso ha sido por cierto. Esto decian los hombres; ¡pero qué otro era el juicio de Dios! A pocos dias se apareció á un grande amigo suyo, y díjole que estaba sin remedio eternamente condenado. ¿Cómo? dijo aquel, lleno de horror y espanto, ¿pues no vimos tu tan buena disposicion? ¿No recibiste con tantas lágrimas los Sacramentos? Es verdad, respondió; pero aunque procuraba tener propósito de la enmienda, me venia luego al pensamiento: ¿Y si yo sano, he de poder vivir sin mis torpezas? ¿Si sano, he de poder dejar mis malas amistades? A este pensamiento se inclinaba la voluntad á volver á mis culpas, y en este estado me cogió la muerte, y así me condené sin remedio; y así se condenan innumerables almas. ¡Oh, Dios Soberano! ¡En un punto querer arrancar y desasir la voluntad de lo que muchos años ha tenido tan apretadamente asido! necia, loca, espantosa confianza. Hágase, almas, con tiempo lo que nos importa la eternidad: mudar de vida para lograr el alma; mudar de vida que se ha de acabar para una eterna condenacion, para lograr la vida que se ha de eternizar entre los gozos de una inmensa gloria.

PLATICA XXIII.

QUE EL PROPOSITO DE LA ENMIENDA, PARA SER VERDADERO,
HA DE SER EFICAZ.

—
A 9 de Abril de 1693.
—

SI con cualquier deseo bastara para conseguir el cielo, no estuviera como está, lleno de tantos buenos deseos el infierno: *Neminem novi*, dice San Crisóstomo, *qui ad Coelum evolare nollet*, (*Prolog: in Ev. Joann.*) Ninguno he conocido que no me diga que quiere ir al cielo; ¿y qué será, que queriéndolo todos, muy pocos son los que lo consiguen? *Re tamen ipsa oportet voluntatem confirmare*: es porque no le quieren de veras, pues que no lo muestran las obras. ¡Qué diligencias las de un mercader! (dice la boca de oro) empleos, compras, ventas, trabajos, desvelos, fatigas, viajes; ¿qué es todo esto? En una palabra: *Ditescere cupits*: que quiere ser rico; y porque lo quiere de veras, lo muestra con todas estas diligencias: *Itidem, et no*,